

EL RITZ

Asia Argento y yo nos dirigíamos a su habitación del Hotel Ritz-Carlton de San Francisco. Al salir de Chinatown, estuve tentada de decirle al taxista que cambiara de rumbo y nos llevara a mi casa, en la parte baja de la ciudad. El taxi aceleraba y rascaba con los bajos cada vez que tomaba una cuesta, y el resplandor del centro urbano se expandía hacia las aguas negras de la bahía. Supuse que no le haría mucha gracia ver mi cama mugrienta y a mi novio, Jonathan, leyendo un libro en el sofá.

Había conocido a Asia en Italia el año anterior, y desde entonces me tenía obsesionada. Me peinaba, me vestía y preparaba la comida con Asia metida en una cámara secreta de mi cerebro. Cuando ponía música, me preguntaba si sería de su gusto. Asia tenía un don para despreciar las cosas con el más severo desdén: sacudía la cabeza y emitía un ruido gutural de asco desde las profundidades de la garganta, la misma región donde nacen el llanto o la risa. Una vez tiré una cartera de ganchillo y un bolso de cuero blanco en plena calle solo porque, tras lanzarme una mirada altiva, dijo: «Pareces una vieja». Me sonrojé. Aquella cartera y el bolso blanco no eran de su estilo, pero sí del mío. Nada me gustaba más que ver a una viejecita pudorosamente sentada en el autobús con sus manos enguantadas,

su sombrero, su vestido de lana bien cepillado, toda acicalada para ir a la oficina de correos o a la ópera. También había cosas que Asia se ponía y que a mí no me gustaban: cosas con encajes y volantes, por no hablar de aquel bolso de felpa rosa que siempre llevaba encima los días que estuvimos en Roma. A ella le favorecía ese estilo ultrafemenino. Podía ir por ahí contoneándose con sus taconazos de aguja y sus ajustados vaqueros rayados con boli Bic. Incluso era capaz de dar patadas de karate subida a esos tacones: una vez la vi sujetar un cucurucho de helado con una mano al tiempo que daba un brinco con las piernas abiertas en el aire y aterrizaba sin problemas sobre sus relucientes zapatos de cocodrilo. Acababa de poner voz a una sentimentaloides película de acción en la que salía Vin Diesel. Después habíamos ido a tomar un helado, y supongo que se dejó llevar por la emoción de la película.

Era la primera vez que la veía desde que habíamos vuelto de Roma un año antes, y ella solo estaría en San Francisco hasta la mañana siguiente. Quería llevarla a comer sushi, enseñarle Dolores Park y el destartalado fuerte situado en la boca de la bahía, donde están aquellas maravillosas escaleras que bajan hasta el océano. A mí se me hacía un nudo en el estómago. Apenas conocía a aquella mujer en la que había estado pensando a diario durante un año entero.

Sin dar una sola pista sobre lo que pudiera estar pensando, me miró con sus ojos implacables y dio una calada al cigarrillo. Sus rasgos parecían cambiar a cada momento, ora recatados y femeninos, ora tensos y disolutos. Al otro lado de la ventanilla del taxi, las luces de la ciudad iluminaban su cabello corto y revuelto. La suspensión del coche subía y bajaba. Al final no le dije nada al taxista.

El vehículo paró de golpe y ella se puso a revolver en su bolso, un Fendi que debía de costar tanto como mi alquiler de todo un año. Por lo visto, se había cambiado aquella cosa afelpada de color rosa. En Estados Unidos no era muy conocida, pero en Italia era una celebridad. Tanto, que las marcas de moda le pagaban para que se pusiera su ropa. Me miró y dijo:

—JT, ¿tienes algo más pequeño?

Su voz era grave, mucho más profunda que la mía y yo envidiaba su timbre. Me hurgué en los bolsillos. Por lo menos podía darle algo que fuera realmente mío.

El botones le abrió la puerta. Iba vestido con frac y un sombrero alto que le daban cierto aspecto de torre de ajedrez. Cruzamos el vestíbulo. Del techo pendía una araña de cristal y la pared estaba cubierta con una alfombra de brocado roja y dorada de estilo oriental. Agarré una manzana verde de un cuenco de cristal y fantaseé con quitarle el sombrero al pobre botones para impresionarla. ¿Podía impresionarla algo así? Pensé que si yo hubiera sido un chico de verdad, quizá lo habría hecho. Aunque, en el fondo, humillar al botones no era muy sexy que digamos. Me metí una, dos, tres manzanas en el bolso. Ninguno de los empleados volvió la cabeza siquiera. Cuando estaba con ella me volvía más atrevida, como si yo también perteneciera a ese mundo en el que una no se preocupa por perder los calcetines en la lavandería o por apuntar lo que gasta en café cada semana. El truco parecía estar en mostrarse indiferente ante los propios privilegios.

Sentía curiosidad por poner en práctica aquella indiferencia que proporcionaban el dinero y la fama, aunque no creo que birlar manzanas en el vestíbulo de un hotel cuente en ese sentido. Aun así, el robo de las manzanas encajaba con el carácter de JT. Él era un carroñero, pero ¿qué era yo? Asia se acercó a la consola del ascensor e introdujo su llave de plástico en la ranura.

—Mi habitación está en el piso tropecientos —dijo en tono burlón.

Recorrimos un largo pasillo y observé sus andares de suficiencia. Me encantaban sus contradicciones. Era elegante, casi aristocrática, y a la vez podía ser sumamente basta y vulgar. La había visto escupirle a la gente, tirar sillas y decir «Que te jodan» con la más absoluta impasibilidad. Mi atracción por ella era una mezcla entre el deseo de ser ella y el de aprender a ser como ella. Volví la vista hacia las huellas impresas a contrapelo en la moqueta color lavanda y le di un toquecito en el hombro con el dedo. Ella me lanzó una mirada traviesa. Me quedé contemplando la aldaba de latón de la puerta con una mezcla de impaciencia y de temor. Llevaba esperando ese momento desde que nos habíamos conocido un año antes, durante la gira de presentación de mi supuesto libro. Ella me había regalado el suéter de su padre y un cinturón Gucci estilo vintage. Yo le había regalado a ella unos pantalones, resultado de mis primeras incursiones en la costura. Tenían unos botones de latón con coronas grabadas. Ajustaban demasiado en los tobillos, de modo que colgaban del culo y apretaban esa zona sensible situada detrás del muslo. Esperaba que le gustasen, porque, francamente, no tenía nada más que darle. Los libros no eran míos, no los había escrito yo. Y eso era lo que ella quería en realidad: la opción para los derechos de mi libro, o el que ella creía que era mi libro, *El corazón es mentiroso*.

Demasiado renegada para pasarse la vida dándose el lote con tipos como Vin Diesel, Asia hacía honor al legado de su padre, Dario, el famoso director italiano de películas de terror. Me agasajaba con banquetes extravagantes: bandejas de ostras, vieiras y bocas de cangrejo presentadas sobre lechos de algas. Me enseñó a no brindar nunca sin mirar directamente a los ojos, una antigua tradición italiana para detectar a los traidores. Yo me moría de la vergüenza cada vez que alzaba mi copa y decía:

«Salud». También me enseñó que, cuando ves una oveja —y a lo largo de ese viaje vimos muchas—, tienes que sacudir el dedo como si tuvieras algo pegado, porque así traen dinero. Y que cuando se te derrama el vino, tienes que frotártelo detrás de la oreja como si fuera perfume. Ahora no recuerdo por qué. Y yo hacía todo eso cada vez que ella me lo decía.

Mi última noche en Roma, Asia se acostó sobre nuestro edredón con estampado de rosas y yo empecé a frotarle la espalda, hundiendo mis dedos rechonchos en sus vigorosos músculos. Yo tenía las manos de mi padre: pequeñas y gruesas, como de ogro. Las parras de las ventanas impedían que la luz de la calle iluminara demasiado el cuarto del hotel, que olía a moho y cebolla frita. El eco de los cláxones y el zumbido del tráfico hacían menos incómodo el silencio entre ambas. Apreté un nudo que tenía entre los músculos y ella dejó escapar un gruñido.

Mi cuñada, Laura, estaba con nosotras. Nos miraba de soslayo mientras tiraba ropa y revistas de una pila a otra, preparándose para hacer la maleta. Ella era la autora de los libros de JT. El proceso consistía en cambiarlo todo de pila mientras iba recitando soliloquios. Empezó a empacar los regalos para su hijo, «Thor», según su nombre en el mundo de JT, en el que Laura era Speedie.

—Tenemos unos cuantos camiones italianos para el pequeño Thor. Mi bebito. Así puede jugar a provocar atascos a la italiana. Quizá podemos enviarlos mañana antes de irnos. O quizá pueda hacerlo el conserje. No, creo que tendré que llamar a Simone. Asia, ¿tienes el número de Simone?

Asia soltó un gruñido.

A pesar de que Laura no estaba hablando directamente con nosotras, yo le agradecía que hiciera tanto ruido. No me sentía cómoda en aquel silencio. Temía que quedara en evidencia que, en realidad, Asia y yo no teníamos nada de que hablar.